

# INVIERNO EN BAGDAD

*Elena García Quevedo*

## I. EL DOLOR

Amanece al fin, y Bagdad se alza al fondo de esta carretera que no termina nunca. Frente a mí está el desierto, esa arena rojiza que camufla asaltantes, bombas, miseria. Siento algo que debe ser miedo; una especie de vacío y sospecha de que no habrá vuelta atrás, de que nunca seré la misma, que estoy a punto de llegar a una especie de frontera.

Frente a mí, el desierto es una nada tan llena, que te obliga a entrar en tus propios recovecos, a cuestionarte el sentido de estar aquí, a preguntarte si crees en lo que vas a hacer; si crees que tus palabras servirán para cambiar algo o simplemente para que lo que estás a punto de ver no te cambie a ti.

Sí, me digo, creo en ello.

Vamos – voy- casi desnuda. Apenas tengo tres teléfonos sin direcciones, fotos de los niños que jugaban junto al Tigris hace un año, y de otra niña que ha sido herida en el brazo. Pero al menos sé, siento, que éste es el lugar en el que he de estar ahora; la tierra de las mil y una noches donde comenzó nuestra civilización tiene muchas cosas que enseñarme. Sé, siento, que detrás de este infierno hay un paraíso por descubrir. Sé, siento, que voy a encontrar muerte y destrucción pero también esperanza y luz, también alegría y sueños realizados; gente de aquí que sueña y hace; y gente que ha llegado hasta Bagdad desde todos los ángulos del mundo para responder a la esquizofrenia de la guerra y poner color a la esperanza. Vengo en su busca.

## UNO

### LAS FLORES DEL CHECK POINT

El cemento gris separa el hotel Palestina del resto del mundo. Los soldados, el tanque que te apunta hasta hacerte sentir culpable, las dos mujeres kurdas que te cachean, registran tu bolso, tus bolsillos y el interior de tus ojos.

Suenan los helicópteros por doquier.

Todo parece estar bajo control, inmunizado a la naturaleza y a los sentimientos en el pasillo que se extiende entre el check point y el hotel, -como la laguna Estigia en versión militar vista desde la barca de Caronte-. Todo, excepto un puñado de florecillas que acaba de nacer. Son amarillas, pequeñas, casi invisibles para los soldados que miran de frente; deliciosas para los que buscan un brote de vida, un gramo de esperanza al que aferrarse para mantenerse en pie.

Cada día hay más flores; juntas se defienden de las botas militares o de los zapatos de campaña de soldados, y también de periodistas. Me han dicho que las mayores inventan utopías que cuentan a las recién nacidas. Hablan de paz.

Es curioso, ayer hubo un instante en el que vi un pequeño jardín bajo la bota del soldado que registra.